

UNA COMEDIA INEDITA DEL LUNAREJO

Por Juan del Rímac

EL AMAR SU PROPIA MUERTE

(Continuación)

ESCENA IV.

Jael y Sísara.

Aspid, que con listas de oro
entre azucenas se oculta,
seré sorda a tus ternezas
porque de ingrata me acusas:
que el primor, por desdeñoso,
jamás atendió locuras
con oído, que en lo hermoso
hacen perfección segura.
Oí tu amor, tus suspiros,
tus quejas y aun mis calumnias,
mas no de atención externa
correspondencias presumas,
que si en la audiencia del alma
quejas de amor se consultan,
no es sorda la que no oye
sino aquella que no escucha.

Sísara.

Viste en su niñez la rosa,
cuando el pimpollo la añuda
y es túnica de esmeraldas
a su pompa rubicunda?
donde el cuerpo a soplos mece
grana infante en verde cuna,
si en el capullo encogida

sus ámbares arrebuja?
y al desbaratarle Apolo
toda la escarcha nocturna,
cuando con labios de luz
los aljófares le chupan,
la gala joya despliega,
el vivo nácar ilustra,
porque sólo tiene vida
si el sol flamante ta alumbra?
Mas si sombras del ocaso
el carro fúlgido enlutan,
por darle túmulo el golfo
en sus cristalinas urnas,
o marchita se desmaya
o desmayada caduca?
Así mi esperanza en flor
cuando el sol de tu hermosura
le amaneció, tuvo vida,
mas ya la llora difunta,
pues de un desdén el ocaso
la amortigua y la deslustra.
Viste tú esa misma rosa,
tan bizarra, tan augusta,
que en la vanidad del soto
gloria es bella y pompa suma,
cuyo solio carmesí
paldas espinas circundan,
que a su magestad fragante
sirven de alabardas brutas?
Viste que a la rustiquez
que se atreve por sus puntas,
o la hieren atrevidas
o desdeñosas la punzan?
Pues así es rosa mi honor,
y espinas serán agudas,
desengaños y desdenes
contra tí, si le procuras. (Váse)

- Jael.

ESCENA V.

Sísara y luego Jabin y acompañamiento.

Sísara. Espera, Jael, aguarda,
mas ya veloz se apresura
al gran valle de Zenin,
que es la cacería suya.
Si le dió el papel Vigote.
(confusa el alma, lo duda)
o espera a darlo? La casa
cerca es, su tardanza mucha.

(Tocan cajas y sale el Rey con acompañamiento)

Dentro. Viva Jabin, Jabin viva.
Sísara. Salva es al Rey.—Gran Señor.
Jabin. Sísara vuestro valor
la fama en bronces escriba
y las peneas guirnaldas,
que en Dafne son brazos bellos,
formen a vuestros cabellos
verde zona de esmeraldas.
Eterno en mil horizontes
los harán vultos marmóreos,
de los montes hiperbóreos
a los gaditanós montes.
Hermoso el campo descansa
en redes que se aprovecha
de un pájaro en cada flecha,
de un espejo en cada lanza;
las plumas bate dispuestas
Favonio, no sin empachos,
viendo un monte de penachos
en sus aceradas crestas.
Id, Sísara, a governalle,
que me dicen los soldados
que debe a vuestros cuidados
más que a su campo ese valle.

Sísara. (No es valle, cumbre es y oriente
que siempre amanece en él
la hermosura de Jael.)
A tal precepto obediente
voy, Señor, y con deseo
de serviros honras tantas.
arrastrando a vuestras plantas
la arrogancia del Hebreo. (Váse)

ESCENA VI.

Jabin y luego Heber Cineo.

Jabin. Donde habrá dicha mayor
que la que mi amor alcanza?
Posible es que mi esperanza
deba a Jael tal favor?
Jael me envía su retrato!
No lo creo, aunque lo gozo,
que se extraña lo amoroso
en quien se estrenó lo ingrato.
Robóme el alma inmortal
y el retrato hoy me la vuelve,
que ya la pintura absuelve
culpas del original.
Dámela acá retratada; (Dásela un soldado)
que pues hoy no puedo vella,
no es bien que a mujer tan bella
no la pueda ver pintada.
(Desciende Heber Cineo por el monte que Jael, muy
galán, con un venablo y plumas.)

Cineo. Al valle se ha vuelto ya
mi esposa; y aunque me deja
nunca del alma se aleja
quien impresa en ella está.
Su velocidad en fin
rindió al venado el anzuelo,
salpicando el verde suelo
de fugitivo carmín.

- Jabin. Su esposo es el que desciende,
 escóndanla mis desvelos,
 que es bien que excuse dar celos
 el que lo ageno pretende.
- Cineo. Al Rey Jabin encontré. (Ap.)
 Deme Vuestra Magestad
 sus pies.
- Jabin. En fé de amistad
 si los brazos te daré,
 generoso Heber Cineo.
- (Al abrazarle el Rey se le cae el retrato. Quiere levantarle Cineo)
- Cineo. Un retrato se os cayó.
- Jabin. Deja.
- Cineo. Señor.
- Jabin. Eso no.
- Cineo. Cielos! que es esto que veo? (ap.)
 Alzarélo.
- Jabin. No hagas tal.
- Cineo. Dejad que os sirva.
- Jabin. No es justo.
- Cineo. Mirad.
- Jabin. Darásme disgusto.
- Cineo. Gran Señor.
- Jabin. Hay lance igual? (ap.)
- Lidoro. Ya, Señor, lo levanté.
 (El Rey coge el retrato)
- Cineo. Ay honor que vas perdido! (ap.)
- Jabin. El retrato ha conocido,
 pesado el suceso fué. (ap.)
- Cineo. Qué es esto, cielos, qué es esto?
 Al rey da prendas Jael?
 O infame, o falsa, o cruel,
 que en tal infamia me has puesto!
 Notoria es su culpa grave,
 cuando yo lá he conocido,
 puesto que es siempre el marido
 el último que lo sabe.
- Jabin. Tu noble divertimento,
 Cineo, no he de estorbar,

- y pues saliste a cazar,
 cursa el bosque y peina el viento,
 que el militar ejercicio
 me llama ya, en paz te queda.
- Cineo. Yo, Señor, en cuanto pueda,
 estoy a vuestro servicio.
- Jabin. Corrido voy y así oculto
 la turbación que concibo. (ap. Váse.)
- (Al irse todos con el Rey, detiene Cineo a Lidoro
 que va el último con el retrato.)
- Cineo. Capitán, por el Dios vivo
 a quien Israel da culto,
 que ese retrato he de ver.
- Lidoro. Del Rey rompeis el recato.
- Cineo. Tengo de ver el retrato.
- Lidoro. Cineo, no puede ser.
- Cineo. Suelta.
- Lidoro. No lo he de soltar
- Cineo. Mataréte.
- Lidoro. Soy valiente.
- Cineo. Saca el acero luciente
 que el mío lo ha de cobrar.
- (Sacan las espadas y sale el Rey.)
- Jabin. Qué es esto?
- Cineo. Señor, nada.
- Lidoro. La lámina quiso ver
 por fuerza; y por defender
 tu gusto saqué la espada.
- Cineo. Que esto sufra. Que esto pase!
 Baje de esa esfera suma
 un incendio que me abrase. (ap.)
- Jabin. Celoso está y con razón,
 podrá culpar mi violencia.
 Válgame aquí la prudencia,
 si admite satisfacción.
 Amigos, Heber Cineo,
 somos, y en tu amor lo hallo
 pues que sin ser mi vasallo,
 me detienes, siendo hebreo.

Yo vine contra Israel,
mas contra tu casa no,
esto digo, porque yo
siempre veneré a Jael
por tuya, y ella es tan noble
tan recatada y leal,
que está el tálamo esponsal
seguro de trato doble.
Este délfico tesoro
que en el celeste palacio
brilla, joya de topacio,
broche reverbera de oro,
ese planeta bizarro
que encendiendo cada estrella
campos de zafiro huella,
sobre el rutilante carro,
no es más limpio, no es más puro
que las teas de tu esposa,
cuando a su luz generosa
el sol se acobarda oscuro.
Este retrato se halló
un soldado sin pensar,
no te lo quiere mostrar,
temiendo lo que pasó.
Tómalo porque me des
crédito, y es cosa clara
que si otra cosa pasara
no le diera como ves.
(ap.) Con harta pena le doy,
más importa aseguralle:
qué ojos, qué boca, qué talle!
más muerto de amores voy. (Váse)

ESCENA VII.

Cineo.

Confuso, ciego, y turbado
me embelesan mis recelos,

no es mucho ciego de celos
quien de amores ha cegado.
quién duda que si fué hallado
Mi honor halló el soldado,
No cree el Rey mi cuidado,
primero estuvo perdido?
que ella es mujer, y un marido
para ser más ofendido
le basta ser más confiado.
Basta presumir la ofensa
y esta en la honra es tan veloz,
que, como si fuera a Dios,
le ofende aun lo que se piensa.
Fué mi honor tan delicado
que un retrato le es nocivo,
triste honor, que estando vivo
le dá muerte aun lo pintado.
Quiero todos mis recelos
averiguar con guardalle,
ya que de mi honor al talle
le están pintados los celos. (Váse.)

ESCENA VIII.

(Salen soldados hebreos en orden. Joseph
y Barac, viejo, de general.)

Barac. Valientes soldados míos,
cuyas hazañas heroicas
pudieron acreditaros
hijos de Marte y Belona,
cuyos fúlgidos aceros
y cuyas cuchillas corvas,
del cuaderno de la Parca
fueron mortíferas hojas,
pues en ellas lee Marte,
cuando el rubí las colora,
rasgos de clavel sangrientos,
lestras de púrpura rojas.

Yo soy Barac y el caudillo
de las palestinas tropas,
cuyo orgullo solemniza
tanta aclamación sonora,
tanto fatigado parche,
tanta repetida tropa.
Contra el fiero cananeo
marchan mis escuadras todas
y para domar la furia
de sus arrogancias locas,
los aceros reverberan
el tafetán se tremola,
soplado el bronce vocea,
la caja herida rimbomba.
Esta mañana, después
que el rosicler de la aurora
trabó lucha de crepúsculos
con el tropel de las sombras,
que no son lágrimas tuyas
esas escarchadas gotas,
pues cansada de luchar,
llueve el sudor en aljófara,
y después que de vencida,
la noche huyó, torpe y sorda,
tan tímida y tan cobardé,
en su fúnebre carroza
que porque no la siguiesen
por el rastro de su pompa,
fué oscureciendo sus antros
y apagando sus antorchas,
salí en una yegua blanca,
que de alabastros se forma,
y si con el tiempo apuesta
vuela cándida garzota,
ojos grandes, que encendidos
centellas vivas abortan,
certo y recojido el cuello,
ancha frente, orejas cortas,
el talle proporcionado,

plata espumando la boca,
bien hinchadas las narices,
el anca lisa y redonda,
parecía blanca nube
o tempestad procelosa,
que una inundación de cerdas
llueve por crines y cola.
Servíame de jaez
la piel guadejida y roja
de un africano león,
que las espaldas le adorna,
y parece que está vivo
el león, y que se arroja
a la yegua, presumiendo
que es copo de nieve toda,
y por matar la calor
de la quartana traidora
en la nieve de los lomos
o se refresca o remoja.

(Continuará.)